

LA INQUIETUD DE LOS GRANDES

EL DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ

LOS ESTRECHOS límites de un artículo no permiten hacer la biografía del Dr. Hernández, cuya personalidad, plena y sonora, exigiría muchas páginas. Pero no podía menos de dedicar el cariñoso recuerdo de unas líneas al hombre, al sabio, al maestro y orientador de la juventud, al santo. Confundida con los lejanos recuerdos de nuestra propia infancia, flota la figura de este hombre: su sonrisa, el tono manso de su voz, la tragedia de su muerte.

Hay frases y episodios en la vida del hombre que revelan lo que es: más que fijarnos en la actividad externa, procuraremos, a través de ella, captar algunos rasgos inconfundibles de la semblanza íntima del Dr. Hernández. Porque en la vida de toda alma grande, más que lo que hizo, interesa lo que fué: la urdimbre de su personalidad.

La del Dr. Hernández fué tan destacada, que a su recuerdo vibra hoy de nuevo Venezuela!

Lo que no fué Hernández

Es más fácil empezar por decir lo que no fué Hernández.

Al recorrer la vida de este hombre, se impone a nuestro espíritu una convicción: su concepción del mundo, su estilo de vida no encajan, desde luego, en la tipología del egoísta: ni torcidos intereses, ni actitud comodona, ni edonismo. De esto, ni rastro.

Mucho menos concibió la vida como estéril especular filosófico, o como ensayo artístico, o como pasatiempo.

Para él la profesión no fué sinónimo de instrumento de lucro.

Hernández no es clasificable como el "homo aeconomicus", ni "aestheticus", ni siquiera como el "ethicus" de Spranger. Y, sin embargo, hubo estética en su vida, (y de la trascendente!), y finísimo sentido moral, y preocupación honrada por los problemas sociales. . . .

No perteneció a la clase gris de los resignados: los que contemplan desgranarse ante sus ojos las humanas tragedias, cruzados los brazos. Ni indolente, ni mero espectador.

Si revolvemos sus papeles, leemos sus confidencias, consultamos a los que ie

trataron, nos queda la impresión: este hombre no conoció la superficialidad ni el capricho. Su psiquismo ni por asomos estuvo envenenado por morbosos resentimientos, ni debilidades, ni estrecheces de miras. Eso sí: era sensible hasta la exquisitez, delicado, artista, maduro, pensador. . . .

Tampoco se descubre en él la fría dureza del ensimismado: el hombre cuya vida entera gira alrededor del propio yo, cerrado ante el dolor ajeno. Su espíritu estuvo siempre abierto, de par en par, al yo doliente del prójimo y al Yo supremo de Dios! Entre esas dos fronteras oscila su vida.

Y queda con esto dicho lo que no fué Hernández. Acérrimo antípoda de todo lo mediocre.

La inquietud

¿Y lo que fué?

Querer decir esto en tan pocas líneas!

Sobre su vida, plena y luminosa, flota un rasgo que nos puede servir de hilo conductor para aferrar el núcleo de su personalidad: la inquietud.

Hernández fué un gran inquieto.

No la inquietud morbosa de algunos modernos: ansias superficiales de ensayar nuevas posturas ante la seriedad de la vida!

En Hernández la inquietud era íntima: el "pathos" lírico, la fiebre sagrada de superación.

Superarse a sí mismo, en el cotidiano forjar de su personalidad. . .

Superar el medio, abriendo en su Patria nuevos derroteros de luz.

Dar el salto hasta Dios, y lanzarse definitivamente, con cadena de oro, a la Fuente siempre escondida de la Divinidad.

La inquietud, la sana inquietud —ese sabroso aleteo de inconformidad ante las estrecheces del nido— es la raíz de toda grandeza. Es la tensión engendrada por una diferencia de potencial: sueño y realidad. Ay del satisfecho! Su vida estará amasada de mediocridad.

Y ¿cómo no iba a sentir Hernández una tonificante inquietud, si ante su mirada se apiñaban fosforescentes de continuo, los más altos ideales; si sabía vi-

brar con sensibilidad de niño; si poseía la capacidad de entrega absoluta a un ideal absoluto?

Por eso su vida fué un "sí" rotundo.

Dejemos la profanidad de toda escuela la caracterológica: Hernández no cabe en el frío esquematismo de una clasificación.

Inquietud Intelectual.

La Medicina

El mundo de valores intelectuales — ciencia, cultura — ejerció un influjo decisivo sobre la personalidad de Hernández.

Ante ese mundo reaccionó con el rasgo característico del espíritu hondo: la curiosidad, el afán, esto es: la inquietud intelectual.

Ante todo, la ciencia. Dato curioso: Hernández, tan eminente en Medicina, no escoge espontáneamente esta carrera. Interviene una insinuación de sus padres y desiste él de seguir el Derecho.

Una vez emprendida la carrera señalada, Hernández la toma como costumbre tomar la vida: plenamente. Es su estilo.

Sus estudios en Caracas son brillantes.

Brillantes igualmente los que realiza en Europa, a donde va enviado por el Gobierno: dos años en París y uno en Berlín. Se especializa en Bacteriología.

El medio europeo abre nuevos horizontes a su inquietud intelectual. Sueña con el ancho campo de su patria, a donde quiere llevar la última palabra de la Ciencia. Cuando regresa, viene cargado del instrumental para los laboratorios nacionales, según se lo había encomendado el Presidente Andueza Palacio.

"... él fué quien trajo aquí el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos, el que puso a estudiar y calcular la cantidad de glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio a los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieron darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal"

(Núñez Ponte, D. J. M. Estudio Crítico-Biográfico del Dr. J. G. H. p. 27)

Apenas llega a su Patria, inaugura una nueva cátedra: Histología Normal

y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología.

Su estilo nuevo e insinuante, su ciencia y técnica, su claridad y concisión, hasta su suave ironía producen impresión profunda: representan una sana renovación del ambiente universitario.

Hernández cae plenamente en la cuenta de la importancia científica de la Bacteriología que entonces representaba "lo nuevo" en la ciencia:

"Podemos afirmar que la luz que la Bacteriología proyecta hacia la Medicina, es de tal intensidad, que a causa de ella sola ha progresado más en estos últimos años, que lo que había adelantado en los muchos siglos que se cuentan de medicina científica" (Hernández, Prólogo de los Elementos de Bacteriología)

Como profesor, su influjo es hondo: despierta capacidades, abre surcos de inquietud, prende entusiasmos.

La clientela que desde los primeros días se granjea, responde a su fama de profesor:

"Conocedor profundo de los medios de exploración, experto en requisas de laboratorio, buen fisiólogo, de clara visión médica, diagnosticaba con facilidad y desenvoltura y se movía gallardamente, sin trasteos, en los anchos dominios de la Medicina General"

(Manuel A. Fonseca, en Cultura Venezolana, VII, Julio-Agosto, 1919)

"El sabio casi niño", lo llamaba entonces el recordado Dr. Rísquez.

Y cuando un caso difícil se presentaba, médicos de fama no se desdaban en decir: "pregúntele a Hernándezito, que sabe más que nosotros".

En él aprecia el público caraqueño no sólo la ciencia: también su trato exquisito y, sobre todo, su elevada ética profesional.

Varias son las aportaciones científicas de Hernández: Sobre la angina de pecho de origen palúdico; Sobre el número de glóbulos rojos; De la nefritis en la fiebre amarilla; Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla; De la bilharziasis en Caracas; Tratamiento de la tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra; Elementos de Bacteriología. La muerte no le permitió acabar el texto que preparaba de Embriología.

Al fundarse la Academia de Medicina, es uno de sus primeros miembros.

Deseoso de seguir al día el movimiento científico, pretende pasar de nuevo a París y Berlín en 1917. La guerra lo detiene en Madrid. Regresa entonces a Estados Unidos y en la Columbian University y en otros institutos, se ocupa en hacer ensayos y pruebas prácticas que le interesaban para sus investigaciones sobre la tuberculosis.

En resumen: su clientela, sus discípulos, sus colegas, reconocen la eminencia científica de Hernández como profesional, profesor, investigador.

Añadiríamos; como maestro formador de la juventud. Porque Hernández no se contenta con transmitir conocimientos: su cátedra es un medio de plasmar hombres. Así la mira él.

Baste citar algunos de sus discípulos: Rangel, Guevara Rojas, Rísquez hijo, los Carvallos, Iturbe, Medina Jiménez, Luciani, Tejera, Núñez Tovar, José Benigno Hernández, Pino Pou, Carlos Bello, Ascanio Rodríguez, Eudoro González, Romera Sierra, Iturbe. . . .

Anhelo Filosófico

Su espíritu, sin embargo, no se acan-tona en la "noble profesión médica".

Hondo y reflexivo por temperamento, siente preocupación por los grandes problemas humanos. Por el sentido de la vida. Este hombre, tan lleno de ocupaciones, encuentra tiempo para cultivar la ciencia de las ciencias: la Filosofía.

Convencido de que es bien mezquina y angosta la visión del que sólo mira su especialidad, trata de asomarse al pensamiento filosófico de todos los tiempos.

En este aspecto, Hernández pertenece a una corriente muy de nuestros días.

Cuántos se lamentan hoy, en el mundo sabio, de la incultura de los que se dicen cultos: seres miopes que a fuerza de mirar lo infinitamente pequeño —como se expresaba Cajal— se incapacitan para percibir la sonoridad de lo infinitamente grande! Seres micrótonos;

Aunque no pasa de ser un Manual sumamente sucinto, el libro de Hernández, "Elementos de Filosofía", refleja la preocupación filosófica y humana del sabio bacteriólogo.

Qué significara para él la Filosofía, lo encontramos en el mismo prólogo: es ella un valor necesario en la vida:

"Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía

es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y, en particular, de la vida intelectual"

(Edic. prim. p. 5.)

Pero no una filosofía abstracta y pálida sino la propia que cada uno se forja; fruto de dolores y esperanzas:

"El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que pudiéramos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces, le sirven como de sustancia de reserva para irse formando su filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador. En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces"

(p. 5)

Esta filosofía así elaborada, jirón candente del propio ser, ¿no representa el mayor de los tesoros?

"La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el más apreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer; se establece tal identidad, una adhesión tan firme entre ella y la inteligencia que la ha formado, que llega a parecer imposible toda separación, y solamente alguno de los cataclismos intelectuales ó morales, que a las veces acontecen en la vida, es capaz de efectuarla"

(p. 6.)

Un impulso patriótico mueve a Hernández a dar al público su "filosofía personal": porque la desea compartir con el alma venezolana, esencialmente filosófica:

"El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente, y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor de las veces fría e indiferente"

"Dotado como los demás de mi Nación, de ese mismo amor, público hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido; pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia"

(pags. 6-7)

Con razón la llama Hernández su "fi-

lososofía personal": en esas breves páginas se refleja su vida, tan honda, tan filosófica, tan amiga de buscar "las últimas causas" de todas las cosas.

Rompen a veces la tersa serenidad de esas páginas algunas frases reveladoras en que se asoma el ardor del polemista y la experiencia del santo. Recuerdese la defensa de Santa Teresa, en la que encontramos este significativo párrafo final:

"No existe, pues, ninguna identidad, ni siquiera la más leve, entre los llamados éxtasis histéricos y los verdaderos éxtasis de los Santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; el confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente alguno de los dos estados"

Los "éxtasis histéricos" los conocía a través de su experiencia de médico.... Y ¿los éxtasis de los santos?....

El Mundo de lo Bello

Pero no era sólo la filosofía: su espíritu "se abría" también al Humanismo: las bellas letras, el arte....

El sabía que al lado del mundo infinitesimal de la célula, existe el mundo de la armonía y el color, de la forma y la palabra. Las vaporosas esencias del alma humana —sus intuiciones y sueños— expresadas bellamente, forman un universo irresistiblemente atrayente. Ningún espíritu noble puede sustraerse a su influjo: más que el pan cotidiano, necesita el hombre el pan de lo bello.

El estudio de lo pequeño no ha deformado el espíritu de Hernández, imposibilitándolo para gustar las grandes creaciones.

Anhela ponerse en contacto con éstas.

Un solo rasgo lo pinta al vivo. En 1917 se encuentra en Madrid, impedido de pasar a París. ¿Cómo emplear el tiempo? Hernández no duda en dedicar esos meses a la lectura de escogidos autores modernos de literatura.

Posee varias lenguas; francés, inglés, italiano, alemán. Además, conoce el latín y tiene algunos fundamentos de griego. Ha leído y saboreado los grandes autores en su lengua original.

Su castellano, terso y límpido, revela el conocimiento de la lengua materna, y el contacto con los clásicos. Aunque su estilo, respondiendo a la moda de en-

tonces, resulta a veces demasiado influenciado por las corrientes románticas.

De Hernández poseemos varias composiciones literarias que condensan algo de su fino humanismo: Visión de Arte, Los Maitines, En un Vagón.

Inquietud de Corazón

Más allá de la inquietud intelectual, existe en el hombre una inquietud más honda: la del corazón!

Por corazón permítasenos abarcar aquí todo aquello que en el hombre no es intelectualidad. Aunque de hecho, ¿será posible separar ambas inquietudes?

El corazón es todo un mundo. El mundo de la sensibilidad psíquica: la capacidad de vibrar, de compartir y comprender. El "sensible" tiende fácilmente el puente de la empatía entre el yo y la angustia ajena. Vibra, llorando o exultando.

La sensibilidad de Hernández es exquisita.

En su "filosofía personal", al hablar de la poesía y de la música, traduce, sin pretenderlo, su fina sensibilidad estética:

"La poesía es de todas las bellas artes la más excelsa, es el arte divino. Nada escapa a su jurisdicción; ella expresa en grado sublime la belleza toda, la belleza natural, la intelectual y la moral. Su instrumento que es la palabra, es lo más bello que hay en el universo después del hombre. La poesía penetra hasta el fondo del alma humana, pone en movimiento todas sus actividades, y la engrandece, porque satisface todas sus aspiraciones artísticas"

"Inmediatamente después de la Poesía viene la Música. Ella tiene el misterioso poder de expresar uno a uno todos los sentimientos, todas las pasiones que se anidan en el corazón del hombre; su lenguaje es entendido por todos en la expresión sentimental, y alcanza al supremo esplendor de la belleza al expresar el sentimiento religioso"

A impulsos de su gusto por el arte, Hernández cultiva ya en sus años juveniles el dibujo y la pintura. También la música: estudiante de bachillerato y universitario, dedica al canto y al piano sus ratos libres. Los resultados son magníficos; llega a un gran dominio y ejecución en el piano. Más tarde la música religiosa y el canto gregoriano — salmos, himnos, — serán su ocupación más íntimamente codiciada.

Más honda todavía era su sensibilidad ética. Para él, ética y belleza forman un todo indivisible:

"Tales son las bellas artes que tienen por fin inmediato la producción de la emoción estética por la realización de la belleza; pero que tienen además un fin último, mil veces superior al primero, el cual consiste en la elevación y ennoblecimiento de los sentimientos del hombre"

"Para que una obra sea verdaderamente artística y por ello inmortal, es indispensable que produzca esos dos resultados. Cualquiera obra de arte, escultura, pintura o poesía, que despierte las bajas pasiones, las innobles pasiones del hombre, en una palabra, que sea opuesta a las leyes eternas e inmutables de la moral, no puede ser calificada de obra artística, porque no realiza el doble fin de la belleza ideal que es: dar placer a la inteligencia y ennoblecerla"

(Elementos de Fil. p. 128)

En ese punto —la relación entre arte y moral— que a tantas controversias ha dado origen, Hernández expresa noblemente su sentir, que no se presta a equívocos.

La Más Honda de las Inquietudes: La Inquietud Religiosa

En la psicología del Dr. Hernández queda todavía algo más profundo que todos los aspectos anteriores. Y con esto nos acercamos al núcleo mismo de su recia personalidad; algo que es la clave explicativa de aquella vida multiforme y fecunda; su sentido religioso.

Hernández experimenta al vivo la inquietud religiosa.

No la inquietud del que duda. La fé de Hernández fué siempre una afirmación rotunda; pero no por eso menos ilustrada: él poseía una gran curiosidad por las ciencias eclesiásticas, en cuyo estudio llegó a profundizar

Su inquietud es más alta; la del que anhela superar el espejismo de lo sensible; del que siente clavada en su carne la tortura de querer enlazarse con Dios!

En pleno remolino cotidiano, en plena polvareda de ocupaciones, Hernández nunca pierde de vista la joya radiante de la Divinidad.

Su vida es un romper continuo la barrera entre los horizontes finitos y el Yo infinito.

Para él no hay eclipses de Dios, ni lejanías: lo siente siempre bullir en su co-

razón, como fuente triunfal!

Esta atracción hacia el Polo divino, al acaparar su psiquismo, cristaliza en un anhelo fundamental que atraviesa su vida: el deseo de soledad.

La soledad es la patria de los grandes.

En la soledad rompe a hablar el corazón.

Soledad exterior e interior.

Es que Hernández posee un alma contemplativa; más aún, mística, en su sentido auténtico.

En medio del vivir gris de todos los días, se le ve entero, recogido, "uno".

Hay en la Iglesia una orden religiosa que, a su vez, destila soledad y silencio: la Cartuja.

Nada extraño, pues, que por un proceso lógico, (con esa soberana lógica del amor) comenzara espontáneamente a pensar en ese gran monopolio de sabrosa soledad, cuajada de plenitud.

Años enteros sueña con vestir el blanco sayal, con encerrarse entre las blancas paredes de una celda, y tomar parte, en pleno corazón de la noche, en la monótona salmodia con que se alaba a Dios.

Este deseo no es fruto de romanticismo.

No pretende Hernández ir a la Cartuja como tanto turista comodón o esteta refinado (un D'Anunzio!) que lleva su edonismo hasta querer disfrutar sensualmente de las cosas santas, en una fiebre superficial de "experimentar" novedades.

Bien sabe él que la Cartuja es de las órdenes más austeras: que allí se dan cita los factores que más horrorizan a la molicie del siglo XX: áspero frío en invierno, hambre, silencio ininterrumpido, penitencia corporal, oración prolongada, monotonía....

A la Cartuja no se va a buscar impresiones nuevas.

A aquel hombre, noble y santo, le atraía irresistiblemente la poesía de lo austero y heróico.

La Noche Trágica

Al fin, logra su intento e ingresa en la Cartuja de Farneta, en Italia.

Pasan los meses.

Hernández sólo ha tenido que luchar a brazo partido con su salud, que no resiste el trabajo manual obligatorio

Y llegó la noche trágica, después de ocho meses.

El Superior le llama: no es que no estén satisfechos de él. ¡Pero... la salud! "El Hermano Marcelo" — así se le llama de novicio— deberá renunciar a su más acariciado ideal... tendrá que abandonar la Cartuja!

Qué signifique para un hombre, de la sensibilidad y exquisitez de Hernández, abandonar años enteros un ideal y tener que desasirse de él, cuando ya se le posee, se entiende fácilmente:

"Decía Hernández que aquella noche no le fué posible conciliar el sueño, por el hondo sufrir, que sentía su cabeza abrumada por un peso imposible de aguantar y por poco se le trastornara el juicio; que lloraba a lágrima viva, imaginando hallarse en medio de un naufragio sin tabla a que asirse; pero que su ordinaria resignación a la voluntad del Señor... le hizo luego volver en sí y le dió ánimos para emprender otra vez la lucha en pos del ansiado ideal" (Núñez Ponte, op. cit. p. 115)

Abandonada la Cartuja, se suceden nuevos intentos para ordenarse de sacerdote: el Seminario de Caracas y más tarde (1913) el Pontificio Colegio Pío Latino Americano de Roma. Pero de nuevo su quebrada salud le arroja al mundo.

Peregrina Venganza

No importa! El se vengará a su manera, fabricándose una soledad, en plena Caracas. Su vida revestirá toda la austeridad de la Cartuja, en el ejercicio de la profesión.

Una idea original cruza por su mente: ¿dónde encontrar una franja de refugio para la vida interior, una isla de silencio, toda suya, en la que pueda sin testigos cultivar la milagrosa flor de la contemplación?

La solución no tarde en venir. Será allí mismo, en su modesta casa. Al lado de su habitación manda construir un cuarto de baño, y dentro de éste, una celda diminuta, de un metro cuadrado de ancho, forrada toda de madera.

Candidato voluntario de aquella celda calabozo, allí se encierra, a media noche, a ponerse en contacto con Dios y a torturar su propio cuerpo. En aquel remedo de Cartuja, Hernández se hace la ilusión de ser, por unas horas siquiera, habitante de la más recóndita soledad.

...! pero una hermana suya le expía y ha dejado testimonio de todo!

Venganza también por su frustrada vocación son algunas excentricidades que en él se notan en el vestir, los últimos años. Aquel acicalamiento rebuscado, aquellas peregrinas combinaciones de colores... en él, que todos sabían tan alejado de cualquiera pretensión mundana! El efecto buscado, no lo consigue. Quiere hacer un poco el ridículo y ser despreciado. Al contrario: se le admira más!

Amores que Nunca se Olvidan

Hernández no logró su soñado ideal de soledad cartujana, como forma definitiva de su vida. Se vió obligado a cambiar la solemne serenidad del vivir contemplativo por el tráfigo cotidiano, por la angustia del médico, que palpa la miseria humana, la llora y comparte. En Hernández, sin embargo, existe desde entonces un "alibi" psicológico: la Cartuja seguirá siendo en su vida un eco suave que nunca se apaga.

En los cartujos, a su vez, el recuerdo del "Hermano Marcelo", perdurará lozano. En la correspondencia epistolar que le dirigen, se encuentran expresiones de delicado y profundo afecto:

"...Ultimamente he tenido la dicha de recibir noticias de Ud. Su partida me había causado gran pena, y por mucho tiempo su recuerdo me ha sonado al corazón como una triste campanada. Perdone a mi afecto; pero una vez que le conocí y le quise, no puedo ya olvidarle. Desde 1908 han sido muchos los pasos infructuosos que he dado para encontrarle de nuevo: cartas a Caracas, a París..."
(Carta del cartujo D. Gonzalve Paquin, desde la Cartuja de Veduggia, Italia)

A la Cartuja hace alusión Hernández en diversos pasajes. En su curiosa composición romántico-apocalíptica, "Visión de Arte", encontramos el siguiente párrafo:

"De aquella ignorada región de la tierra, de aquel rincón bendecido del mundo, se elevaba un canto celestial. No parecía formado de voces humanas, y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba. Compuesto solamente de voces, sin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y

pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una súplica, pero que otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal.

En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes a la expresión sensible de aquel canto, que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizás pasados para siempre. La aparición me habló con voz emocionada y me dijo: "Es el himno cartujano que no, noche y día sube al cielo a pedir misericordia por el pobre mundo. En el desierto viven esos seres como ángeles, formando el jardín privilegiado de la Iglesia."

A cantar la misteriosa fragancia de una noche cartujana dedica una entera composición: Los Maitines.

Todo es Uno

La vida religiosa de Hernández fué plena. No se la crea, sin embargo, fácil fruto de su espíritu. Le tocó luchar. Ese hombre, que en sus años juveniles sentía todo el atractivo de la vida mundana —a quien le gustaba el baile, los pasatiempos, el trato social— supo superarse a sí mismo, y elevarse a un nivel de intensa vida interior.

En su vida hubo encrucijadas dolorosas, momentos difíciles, en los que salió vencedor, gracias a su "filosofía personal", que para él se confundía con su misma Religión. Porque pertenece Hernández a esa categoría de espíritus superiores que han logrado reducir la multiplicidad fluyente de las cosas a una síntesis suprema:

"Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Con fortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente"
"Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la cual tengo la dulce y firme esperanza de morir:
La responderé que todo es uno"

Más vale el Corazón que la Cabeza

Hombre psíquicamente maduro, en él cabeza y corazón alcanzaron una luminosa plenitud.

Inteligencia clara, vigorosa....

Sensibilidad exquisita, fina, sutil emotividad.....

Sin embargo, en la alternativa entre ambas realidades, creemos que en Hernández venció el corazón.

En definitiva, el amor (en su sentido pleno, filosófico, humano: no en la adulterada acepción con que hoy se le trafica) es lo más hondo del hombre. Es el núcleo de su personalidad. Es su definición: dime tus amores, y te diré quién eres....

Hernández supo amar.

No con amor clamoroso de líder: fría ironía! las más de las veces; palabras hueras, preñadas de esperanzas, toda vía más hueras.....

Amor práctico, cálido.

Amor que en lenguaje cristiano se llama caridad.

Y por lo tanto, más que la limosna o beneficio, el calor, la comprensión, la efusión íntima de la persona.

Este amor caridad se revela sobre todo, en una trágica calamidad que cae sobre la ciudad de Caracas: la epidemia del año 18.

La ocasión no hace al hombre: revela lo que es.

El Dr. Hernández —el "Médico de los Pobres"— no sabe limitar su caridad: se excede.

Oyeron su paso característico aquel andar menudo, rápido, las chozas más pobres de los más alejados barrios de Caracas. Y con su paso, entró en ellas la sonrisa, la ciencia, la palabra cariñosa..

Su amor hacia el pobre es sumamente delicado: no quiere herirlo... Por eso, el Dr. Hernández se ingenia para hacer el bien y.... quedar oculto.

Con sus propias manos hace unos paqueticos de monedas y muy temprano, antes de que los obreros se hayan levantado, los arroja por la ventana de sus casas. Cuando éstos descubren el paquetico: "por aquí ha pasado el Dr. Hernández" —exclaman— y no se equivocan! La estela era muy suya!

Otro día será a la cabecera de un enfermo pobre. Descubre que no pueden comprar la medicina; y entonces, disimuladamente, con el pretexto de auscultarlo mejor, desliza un billete debajo de la almohada.... A veces, a los dos días, la familia se percata. ¿Quién? El Dr. Hernández: es su estilo!!

Y nada extraña! ese proceder: quien posee un sensibilidad tan exquisita para la naturaleza, el arte, sabe sobre todo vibrar ante el dolor ajeno. Más que la

ciencia, significa para él un hombre, esto es: "un hermano" en Cristo!

El Simbolismo de la Muerte

Aun su muerte, tan rápida, tan trágica, revistió un simbolismo.

Era el 29 de junio.

Un señor —muy amigo del Dr. Hernández— va a visitarle hacia la una y media. Le encuentra radiante de alegría.

¿Qué le pasa, Dr.? ¿Por qué está tan contento?

"¿Cómo no voy a estar contento. Se ha firmado el Tratado de paz ¡La paz en el mundo!"

El Dr. sonríe y añade: mire, le voy a hacer una confidencia: "yo he ofrecido mi vida en holocausto a Dios por la paz del mundo"

Era la una y media.

A las dos y media el Dr. Hernández va a visitar a uno de sus muchos enfermos "pobres". Lo receta... pero descubre en el rostro de la familia que no podrán comprar la medicina. Como en casos semejantes, él supirá; va personalmente a comprársela a la botica de Amadores.

Sale de la botica con el frasco en la mano, va a atravesar la calle —El tranvía acaba de subir— El Dr. no se fija que, en dirección opuesta baja un auto. Quiere atravesar la calle y ¡es arrollado!

El auto lo lanza contra la acera—El golpe fué seco. El Dr. queda muerto casi instantáneamente, bañado en el charco de su propia sangre. Apenas se reconoce su rostro, horriblemente desfigurado!

El chofer, despavorido, salta del auto: "el Dr. Hernández!", exclama.... Lo recoge en sus brazos... hacia poco el Dr. había curado gratuitamente a una hija de aquel chofer... quien pertenecía a la "clientela pobre"....

En el mismo auto mete el cuerpo y lo conduce al Hospital.

Los estudiantes al abrir la portezuela del auto, la misma exclamación: ¡el Dr. Hernández!

Allí, inerte, desfigurado, iba el sabio profesor, el Santo! Entretanto, la noticia cunde por Caracas.

En el sitio de la tragedia se aglomera la gente y comenta.... Muchas familias que se preparan para

ir a la ópera, desisten; ha muerto el Dr. Hernández....!

¿Quién llevará la Urna?

No es mi intención describir el entierro detalladamente.

El cadáver es conducido, el 29, del Hospital a la casa de un hermano del Dr. Hernández, cerca del Panteón.

De allí, al día siguiente, se organiza el traslado a la Universidad, en cuyo paraninfo había de quedar expuesto hasta la tarde.... Dos filas inmensas de admiradores cubren ambas aceras, hasta la Universidad —En la muchedumbre se ven confundidos estudiantes, mujeres que rezan el rosario, obreros....

Al paso del cadáver, un silencio impo-

mente.

El paraninfo está lleno. Montan guardia los estudiantes de Medicina.

A las cuatro y media tiene lugar la más impresionante manifestación.

Se le hacen los últimos oficios en Catedral.

Cuando el féretro es sacado fuera, la Plaza Bolívar está completamente llena. También rebozan de gente las calles que a ella conducen. Sólo de la "clientela pobre", se calculó en 10.000 el número de los que allí estaban, llorando y recordando.....

Hay un momento emocionante.

Al salir la urna de la Catedral, empieza una lucha: obreros y estudiantes se disputan el altísimo honor de llevarla sobre sus hombros hasta el Cementerio.... Y durante unos minutos aquella urna va flotando sobre un mar agitado de cabezas. ¡Siquiera tocar la urna! Aquella inmensa muchedumbre se dirige al Cementerio.

Cuando allá llegán, ya es de noche.

¡No importa!

Las coronas van cayendo sobre la tumba.... y con las coronas —un inmenso cúmulo!— las lágrimas, las frases doloridas, los testimonios de gratitud....

Fué un plebiscito de santidad.

La impresión que produjo esta muerte en el estudiantado fué enorme.

Recogemos aquí el testimonio de un discípulo del Dr. Hernández, escrito aquella misma noche:

"Pocas veces recibiré yo en mi vida una impresión más horrible que la impresión que hoy recibí

con motivo de la trágica muerte del Dr. José Gregorio Hernández; ¡Un automóvil lo mató! —Me parece un sueño, no puedo creerlo... Yo lo he visto en su lecho de muerte. Está desfigurado: los ojos saltados, la nariz desmesuradamente abierta, a causa de la sangre derramada, la tez amoratada, pavorosa, impresionante. Ese hombre es un santo; no cabe la menor duda. Su fisonomía, a pesar de la tragedia de su muerte que en ella se pinta, ofrece no sé qué de imponente, de sagrado, de sublime. Si algún hombre deba servirme a mí de modelo en mi vida, sea ese el Doctor Hernández"

Desde el día siguiente de la muerte del Dr. Hernández, en los escaparates del comercio se ven fotos, que la gente ávidamente compra; se fabrican botones con el rostro del mismo; se escribe pronto su vida. Hay quienes conservan flores que tocaron el féretro.

Proyecciones de una Vida

A 25 años de distancia, revive en Venezuela, fresca y espontánea, la figura mansa de aquel hombre.

Es que el Doctor Hernández —su concepción de la vida— entraña un hondo significado.

Y más en estos momentos de renovación nacional.

Hoy se habla de continuo del problema "hombre", como el más fundamental de Venezuela.

Y con razón! No es tanto cuestión de carreteras, ni industrias, ni llanos: ante todo y sobre todo, el elemento humano: brazos, inteligencias, voluntades de acero, hombres integrales!

Mientras no se resuelva este problema, muy poco se habrá avanzado.

Es crisis que gravita dolorosamente sobre la Humanidad entera.

Pensadores y hombres de ciencia, como Archambault y Carrel, repiten monótonicamente: falta de hombres! Nuestro ambiente, sobresaturado de febril agitación superficial, ahoga en flor los valores auténticamente humanos. No puede expandirse el yo profundo. No se vive la propia vida: se vive la ajena, una vida de prestado, bebida a sorbos en un loco remolino de impresiones. Nuestro arte es decadente; también la cultura general del siglo XX!

En medio de este espejismo, se dibuja, clara y transparente, la figura del Maestro: José Gregorio Hernández. Maestro de vida, de juventudes, de Patria....

"En cada primavera florecen unos árboles antes que otros, como si fueran preferidos por la Naturaleza que sonríe al sol fecundante; en ciertas etapas de la historia humana, cuando se plasma un pueblo, se crea un estilo o se formula una doctrina, algunos hombres excepcionales anticipan su visión a la de todos, la concretan en un Ideal y la expresan de tal manera que perdura en los siglos. Heraldos, la humanidad los escucha; profetas, los cree; capitanes, los sigue, santos, los imita. Llenan una era o señalan una ruta; sembrando algún germen fecundo de nuevas verdades, poniendo su firma en destinos de razas, creando armonías, forjando bellezas"

El sí supo vivir su vida, su filosofía, su profesión, su fé!

Es que él poseía una filosofía de la vida! Era! un auténtico inquieto.

Por eso, reviste su vida toda la serenidad del desierto, pero al mismo tiempo, toda la policromía de un manantial: "Firmeza y luz: como cristal de roca"

Hernández no deja en pos de sí enemigos: a nadie molestó con sus palabras; ni menospreció a los que poseían menos formación que él; ni se quejó del ambiente. Deja, en cambio, un eco de admiración que nunca morirá.

Su vida es una fusión de altura y calor: algo de los montes que le vieron nacer y del sol caraqueño que le vio morir!

Y si es admirable como hombre de ciencia, más bello aún es el poema de su espíritu:

"La belleza moral es la producida por los actos correspondientes de la voluntad libre. El perdón de las injurias, las obras de caridad, son de una gran belleza moral"

(Element. de Fil. p. 124)

Nota: Muchos de los datos biográficos aquí citados, han sido tomados de la obra del Dr. Núñez Ponte: Estudio Crítico-Biográfico del Dr. José Gregorio Hernández.

CARLOS GUILLERMO PLAZA S. J.